

# La investigación del Nacionalismo: evolución, temas y metodología

ISIDRO SEPÚLVEDA MUÑOZ

El nacionalismo ha determinado en gran parte la evolución de los Estados contemporáneos en sus procesos de modernización; bien de un modo positivo, en lo cultural y lo político, o de un modo negativo, siendo elemento directo de conflictos y catalizador de las mayores contiendas bélicas. La idea de *nación*, a menudo tenida por inaprensible, y su utilización por la ideología nacionalista <sup>1</sup> (sería más preciso hablar de las ideologías nacionalistas) han tenido desde su aparición una abundante producción publicística y apologética, pero no ha sido hasta las últimas décadas cuando se ha desarrollado una amplia rama interdisciplinar de estudios del nacionalismo.

No es empresa sencilla la de exponer en tan breves páginas la evolución de los distintos nacionalismos y de los modelos de investigación actuales; este propósito llena dos cursos de doctorado impartidos en este Departamento de Historia Contemporánea. El presente trabajo no pretende ser otra cosa que una aproximación inicial para toda persona interesada en el tema y sobre todo para los alumnos de los últimos años de carrera y de tercer ciclo que pretendan ampliar sus estudios en esta dirección e iniciar su actividad investigadora centrándola en alguna de las facetas del nacionalismo. Por ello se realiza primero una explosión somera de la evolución de la idea nacionalista; posteriormente se abordan los diferentes modelos de investigación, en particular desde los campos de la sociología, la politología y la historiografía; se realizará una exposición de las grandes cuestiones planteadas en la investigación del nacionalismo; y por último se exponen las principales líneas de estudio actual y de las necesidades prioritarias para los años venideros.

---

<sup>1</sup> Sobre si el nacionalismo es o no una ideología ha existido un recurrente debate, en la actualidad prácticamente superado; al respecto vid. TERMES, J. y CASSASAS, J.: *El nacionalisme com a ideologia*; Barcelona, Proa, 1995.

## EVOLUCIÓN DE LA IDEA Y DEL MOVIMIENTO NACIONALISTAS

Existe una abundantísima producción sobre la historia de la idea de nación y los movimientos nacionalistas, muy diferenciada en cuanto a posicionamiento ideológico y reconocimiento académico <sup>2</sup>. Para partir de una mínima plataforma básica, se toma la definición del concepto *nacionalismo* realizada por Ernest Gellner como el «principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política», matizado por José Acosta al definirlo como «ideología y acción política dirigidas a construir la nación o a la defensa de la nación ya existente» <sup>3</sup>.

El pensamiento ilustrado y la Revolución Francesa son tenidos como la época y el escenario del surgimiento del nacionalismo como movimientos social y corriente ideológica; Locke, Hobbes, Sieyès y Rousseau fueron sus principales pensadores. Este inicial nacionalismo sostiene el principio de *soberanía nacional*, la nación como consecuencia de un contrato social por el que la sociedad civil, poseedora de la soberanía, hace depositaria de ésta al Estado, que resulta ser la institucionalización de la nación. Este planteamiento hace surgir la nación de un acto de voluntad política y libre determinación de la sociedad y de cada uno de los individuos que la componen, que por ello alcanzan la categoría de ciudadanos.

Surgido como superación del localismo feudal y contra una identificación de la soberanía del estado con la gracia divina de los reyes, este nacionalismo de finales del siglo XVIII y primer tercio del XIX fue generalmente asociado a los principios y valores de la democracia y el liberalismo, siendo por tanto utilizado en la lucha contra el imperio napoleónico y en buena parte de las revoluciones de las décadas de 1820 y 1830.

Coetánea con la anterior visión de la nación se desarrolló una corriente ideológica —contraria a los «abusos de la razón»—, que alcanzó su máxima influencia con la Restauración; la reentronización del Antiguo Régimen necesitó de un bagaje ideológico que contrapesará la obra revolucionaria en general y la idea liberal de nación —basada en el principio de

<sup>2</sup> Desde diferentes puntos de vista, una aproximación inicial puede abarcar las obras de SMITH, A.: *Las teorías del nacionalismo*; Barcelona, Península, 1976. KOHN, H.: *Historia del nacionalismo*; México, F.C.E., 1984. HROCK, M.: *Social Preconditions of National Revival in Europe*; Cambridge, C.U.P., 1985. KEDOURIE, E.: *Nacionalismo*; Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1985. BREUILLY, J.: *Nacionalismo y Estado*; Madrid, Pomares, 1989. HOBBSBAWN, E.J.: *Naciones y nacionalismo desde 1780*; Barcelona, Crítica, 1991.

<sup>3</sup> GELLNER, E.: *Naciones y nacionalismos*; Madrid, Alianza Editorial, 1983; pág. 13. ACOSTA SÁNCHEZ, J.: «Los presupuestos básicos del nacionalismo y el nuevo ciclo del fenómeno»; *Revista de Estudios Políticos*, n.º 77 (1992); pág. 96.

soberanía nacional— en particular. Herder, Schlegel, Fichte y Burke, entre otros, fueron los conformadores de una nueva identificación de la nación como ente en sí mismo, independiente de la intencionalidad de sus componentes. Este nacionalismo «germánico», imbuido del romanticismo e historicismo de la época, contrapone al principio ilustrado de la soberanía nacional el de *espíritu del pueblo* (*Volkgeist*), que alienta de vida propia a la nación, entendida como entidad autónoma, con un destino propio y por tanto necesariamente distinto al resto de naciones. Este nacionalismo identifica la comunidad política como totalidad cultural, que a su vez presenta la característica de poseer una esencia ancestral imperecedera y omnisciente. Esta idea esencialista de la nación portó a la ideología nacionalista importantes elementos identificadores: el *particularismo* o hecho diferencial, el *idioma* como arca telúrica del espíritu, la *historia* como prueba y testimonio de la existencia secular de la nación, la *cultura* —impregnada de las más altas cimas del pensamiento y la creación nacional a la vez que reunión de las costumbres y el folklore propios—, la *religión* —motivo de identificación contraria respecto al exterior— y, en su extremo más forzado, la *raza* o la elevación del particularismo de la nación a la categoría biológica.

Con esta nueva interpretación el nacionalismo, que hasta la oleada revolucionaria de 1848 había estado unido al liberalismo y la democracia, se fue impregnando de los valores de la tradición, al tiempo que buscaba en la monarquía la plasmación política de su unidad de destino histórico y en el ejército el brazo ejecutor de la voluntad nacional. Los dos casos más paradigmáticos de esta nueva interpretación del nacionalismo fueron los utilizados en las unificaciones de Alemania e Italia.

El triunfo del nacionalismo en la construcción de estos nuevos estados hizo que a partir de 1880 y hasta la primera guerra mundial tanto el concepto de *nación* como la práctica política a ella vinculada variarían hasta conformar lo que puede denominarse como segunda fase del nacionalismo. Se pueden señalar cinco características principales de esta segunda fase: la priorización del criterio étnico-lingüístico para definir la nación; la aspiración de constituir en cada nación un estado, es decir, la reivindicación del derecho de autodeterminación; el enfrentamiento entre el Estado nacional y los nacionalismos periféricos (con una muy diversa y en ocasiones contraria caracterización entre ambos grupos); la reacción el descubrimiento de la cultura popular y el derecho tradicional; y el desplazamiento hacia la derecha política del movimiento nacionalista.

Los cuarenta años anteriores a la guerra mundial fueron escenario de una gigantesca oleada nacionalista basada en todas o algunas de las

características anteriores. Lo más importantes de esta eclosión nacionalista fue que no sólo se dio en el interior de los grandes imperios, austro-húngaro u otomano, sino también en prácticamente todos los Estados-naciones europeos con siglos de vida, donde la «cuestión nacional» pasó a ocupar un lugar importante en la política interior. Por este motivo fue en ese momento cuando surgió el término *nacionalismo* para denominar este movimiento reivindicativo. En Suecia la evolución nacionalista acabó con la secesión de Noruega (1907); en el Reino Unido se incrementó el nacionalismo irlandés, alcanzando también a Gales y Escocia; igual intensidad, aunque sin los mismos resultados, alcanzó el nacionalismo en Francia y España e incluso en las nuevas «naciones» Italia y Alemania, donde movimientos conservadores abrazaron la bandera nacionalista con fórmulas xenófobas <sup>4</sup>.

Movimientos nacionalistas surgieron en regiones hasta ese momento ajenas a toda identidad nacional, al tiempo que su marco de aplicación desbordada el escenario occidental y, gracias a la ola colonialista, los movimientos antiimperialistas en las respectivas colonias tomaron argumentos del nacionalismo europeo. Si se toma exclusivamente el marco europeo, en vísperas de la primera guerra mundial existían movimientos nacionalistas que sólo estaba esbozados o no existían en absoluto en 1880: los pueblos bálticos (especialmente finlandeses y lituanos), armenios, georgianos, albaneses, macedonios, croatas, galeses, escoceses, flamencos, corsos, y en España vascos y catalanes.

Al finalizar la guerra mundial triunfó el decimonónico «principio de nacionalidad» propiciado por el presidente estadounidense Wilson; las razones para este triunfo fueron el derrumbamiento de los imperios centrales, la revolución soviética y la conformación de la «nación burguesa» entendida como «economía nacional». Nunca como entonces (hasta la caída del bloque socialista y la desaparición de la URSS) se llevó a cabo un rediseño de las fronteras territoriales respondiendo a identificaciones nacionalistas. El resultado de esta política estuvo lejos de lo esperado, aunque sus peores fallos no se percibieron hasta las vísperas de la segunda guerra mundial, en parte motivada por el intento de redefinición de esta práctica. Los nuevos estados-naciones resultaron ser casi tan multiculturales y pruriétnicos como los anteriores imperios, agravándose la situación de los ciudadanos ajenos a los rasgos étnico-lingüísticos del nuevo estado, que comenzaron a ser llamados «minorías». La consecuencia más dramática

---

<sup>4</sup> HOBBSBAWM, E.J.: *Op. cit.*; págs. 114-116. BREUILLY, J.: *Op. cit.*; págs. 98-125.

de este intento de crear estados sobre entidades nacionales exclusivas fue la deportación, expulsión o aniquilamiento de millones de personas, prácticas presentes en todos los nuevos estados, incluida Alemania antes y después de la segunda guerra mundial.

La aplicación del principio wilsoniano produjo tres efectos significativos y contrarios al pensamiento nacionalista decimonónico <sup>5</sup>. El primero fue la intransigencia de los gobiernos de los nuevos estados, con independencia de su amplitud geográfica y el volumen de minorías que encerran; los dirigentes de los estados identificados con naciones pusieron en práctica políticas de silenciación de otras comunidades culturales en un grado superior al empleado por los anteriores gobiernos imperiales. El segundo efecto fue la aparición de importantes resistencias a la incorporación de regiones enteras a los nuevos estados; así ocurrió con los seis condados del Ulster que no se identificaron como «irlandeses» o los eslovenos que prefirieron su unión a Austria que a la nueva Yugoslavia y así también lo pusieron de manifiesto los resultados de los referéndum celebrados después de 1918 en varios estados centros europeos. El tercer efecto destacado, estrechamente vinculado al anterior, fue la aparición de fuertes diferencias entre la idea del Estado nacional de la clase dirigente y la autoidentificación del pueblo interesado, como la negación croata de su pertenencia a Yugoslavia (o al menos a una Yugoslavia servia) y la desconfianza eslovaca a la unión con los checos.

Tras la segunda guerra mundial la ideología nacionalista y su praxis política variaron sustancialmente; entre las demandas nacionalistas anteriores a la primera gran guerra y las de mediados de siglo hay muy escasas afinidades a pesar de que en ocasiones su presentación «discursiva» sea casi idéntica. Durante los años cuarenta y cincuenta proliferaron los nacionalismos en lo que comenzó a aconocerse como Tercer Mundo, los territorios coloniales dominados hasta ese momento por los imperios europeos; las reivindicaciones nacionalsitas de los líderes de estos territorios en busca de la independencia de sus metrópolis utilizaba un lenguaje nacionalista (a menudo con abundantes influencias del marxismo staliniano) pero, salvo en casos puntuales, el territorio que alcanzaba la «liberación nacional», distaba de poder ser considerado un nación, tal y como hasta entonces de la guerra se había conceptualizado. Curiosamente los líderes «nacionalistas» atacaron las múltiples identidades étnicas, religiosas o culturales que hubieran podido servir para una identificación nacional y lo

---

<sup>5</sup> HOBBSBAWM, E.J.: *Op. cit.*; págs. 144 ss.

hicieron con el argumento de que eran obstáculos para consolidar una «conciencia nacional».

Esto hizo que, a pesar de su deseada vinculación al nacionalismo de raíz europea, estas independencias no las consiguieran las «naciones», sino los estados embrionarios surgidos de las anteriores demarcaciones coloniales. Los procesos de descolonización dieron lugar a la creación de casi un centenar de nuevos estados; en la inmensa mayoría de ellos no existía una conciencia previa de nación. Y aunque las autoridades se han esforzado por crearla (y en ocasiones han combatido sangrientamente todo lo que pudiera oponerse a la identificación oficial) lo cierto es que en muchos de estos nuevos estados las diversidades étnica, tribal, religiosa, cultural o idiomática han impedido la edificación de una mínima identificación protonacional, lo que ha ocasionado, y sigue haciéndolo, graves problemas para la estabilidad de los estados respectivos.

Los procesos de descolonización de mediados de siglo y sobre todo la emergencia de una nueva izquierda radical tuvieron una influencia directa en la transformación del tratamiento del nacionalismo <sup>6</sup>. Por una parte se produjo la identificación con el nacionalismo anticolonialista del Tercer Mundo: la doble identificación del Estado centralista con la metrópoli y de la nación con al colonia trataba de basar la legitimación de ésta para alcanzar por cualquier medio su emancipación; y el medio empleado más trascendental desde el punto de vista de la influencia en la evolución sociopolítica fue el ejercicio de la violencia. Por otra parte, al tiempo que el liberalismo anatemizaba el nacionalismo, se produjo un acercamiento entre éste y la corriente marxista; una dialéctica marxista o fueron marxistas los que reinterpretaron el decimonónico nacionalismo cultural; en todo caso, los años sesenta y setenta presenciaron la eclosión de distintos grupos nacionalistas de ideología comunista que, sólo en algunos casos, también incorporan los presupuestos de la *acción directa* y de la *guerrilla urbana*; de modo destacado el IRA en el Ulster y ETA en Euskadi. No es necesario entrar en un análisis de la alianza del marxismo y el nacionalismo, está en la mente de todos, sino más bien señalar que fue y —si existe todavía— es coyuntural y estratégica por ambas partes y en última instancia los grandes beneficiados son los planteamientos nacionalistas, pero no los radicales, sino los moderados.

Por su parte, si merece una explicación más detallada la explicación del «espejismo colonialista» como origen de la apertura de la vía violenta; se

---

<sup>6</sup> KALTAJCHIAN, S.T.: *La teoría marxista-leninista de la nación y la actualidad*; Moscú, Progreso, 1987.

ha señalado la intermediación influyente del pensamiento marxista francés como intérprete de la adaptación al escenario europeo de las lecciones antiimperialistas extras de los procesos de descolonización tercermundistas, donde la violencia no sólo es legitimada si no exaltada hasta alcanzar nivel de virtud; en este sentido Jean-Paul Sartre escribió: «El arma del combatiente es su libertad. El sobreviviente, por primer vez, siente el suelo nacional bajo sus pies»; y Frantz Fanon en *Los condenados de la tierra* (una de las *biblias* de los movimientos radicales de finales de los años sesenta) realizó una mitificación y mixtificación del empleo de la violencia como medio para la consecución de la *descolonización*: «La violencia es una mediación universal. El hombre colonizado se libera en y por la violencia [...] En la guerrilla lo importante no es donde se está, sino a donde se va. Cada combatiente lleva la patria en guerra entre sus talones desnudos»<sup>7</sup>. Gurutz Jáuregui ha resaltado para el caso vasco la credibilidad de ese «espejismo colonial» entre la sentencia arañiana de considerar el País Vasco una nación ocupada por España y la práctica represiva franquista<sup>8</sup>.

Con la caída del bloque socialista se han vuelto a presentar en la vieja Europa las cuestiones nacionalistas. No sólo la desaparición del liderazgo soviético y el Pacto de Varsovia explican la explosión nacionalista de los noventa en Europa; habría que añadir las tiranteces en la construcción de la Unión Europea, la crisis económica, la creciente homogenización cultural debido a los medios de comunicación y entretenimiento y —en última instancia y más importante— en el cuestionamiento de la propia idea del «Estado»<sup>9</sup>. La principal característica de esta ola independentista está en la dinámica de los movimientos nacionalistas triunfantes: simplificándolo mucho, ésta no ha sido la construcción de más nación sino la constitución de más Estado, más pequeño, más monolítico y por ello más omnipresente. La segunda característica ha sido la virulencia del estallido nacionalista y su rápido triunfo: la descomposición de la antigua Unión Soviética no sólo ha deparado la independencia de sus provincias bálticas (Estonia, Letonia y Lituania), sino también de Ucrania, Bielorusia, las repúblicas caucásicas (Georgia, Azerbaiyán y Armenia, más Chechenia) y

---

<sup>7</sup> LETAMENDÍA BELZUNCE, F.: *Historia del nacionalismo vasco y de E.T.A. I-E.T.A. en el franquismo (1951-1976)*; San Sebastián, R&B Eds., 1994; págs. 296-297.

<sup>8</sup> JAUREGUI, G.: *Ideología y estrategia política de ETA. Análisis de su evolución entre 1959 y 1968*; Madrid, Siglo XXI, 1981.

<sup>9</sup> Al respecto ver el sugestivo trabajo de ISTVAN HONT: «The Permanent Crisis of a Divided Mankind: "Contemporary Crisis of the Nation States" in Historical Perspective»; *Political Studies* XLII (1994); págs. 166-231; la mayor parte de este número analiza la crisis del estado nacional en distintos países, aunque no hay referencia explícita a España.

las repúblicas musulmanas de Asia; el efecto mimético ha reproducido las reivindicaciones de regiones de estos nuevos Estados, surgiendo reivindicaciones nacionalistas contra los nuevos centralismo (los casos más notorios son los de Abjazia, Osepia del Sur y Alto Karabaj). Un triunfo del nacionalismo excluyente fue la división de Checoslovaquia en 1993; pero sin duda el conflicto más trascendental fue la descomposición de Yugoslavia (Eslovenia, Croacia, Bosnia, Serbia, Montenegro y Macedonia), cuyas respectivas independencias han corrido muy diversa suerte, así como su reconocimiento exterior. Con todo, la más dramática ha sido la de Bosnia, que ha deparado una guerra civil (con importante implicación exterior) dado la multiplicación de cruces culturales, religiosos y étnicos de la nueva república, lo que hizo que buena parte de ella se identificara más con las vecinas Croacia o Serbia que con el estado nacido en su territorio. Es decir, la guerra bosnia no ha sido causada por la presencia de un fuerte nacionalismo, sino todo lo contrario, por la ausencia de nacionalismo en la constitución del nuevo Estado.

#### *MODELOS DE INVESTIGACIÓN SEGÚN CIENCIAS SOCIALES: SOCIOLOGÍA, POLITOLOGÍA E HISTORIOGRAFÍA*

En el estudio del nacionalismo, bien como corriente ideológica o movimiento político, la deseada colaboración e interdisciplinaridad entre las distintas ciencias sociales se produce en un grado y con una dimensión escasamente alcanzados en la investigación sobre otros temas. Este intercambio de esquemas, elementos de análisis y hasta cierto punto modelos de investigación no han sido ya fruto de un irrefrenable deseo de colaboración tanto más que de la necesidad; incluso no se reducen a estas tres ramas las participantes en la disección científica del nacionalismo, sino que se deben sumar, en distinta medida, a la antropología, la filología e incluso la semiótica.

Para ceñirnos a las tres iniciales y haciendo un ejercicio de reducción en bien de la pedagogía, se podría decir, con todas las reservas que esta reducción induce, que la sociología presta especial atención a la manifestación del nacionalismo como definidor de una realidad social que tiende al establecimiento de un tipo específico de comunidad. La politología central su atención en la manifestación del nacionalismo como movimiento de legitimación política del poder o, por contra, como movimiento contrario a un poder con una identidad ajena a la defendida por aquél. Por último, la historia imbrica los dos anteriores modelos y los integra en un análisis de amplia periodización donde se contempla una extensa fenomenología na-

cionalista: los procesos de generación y difusión del nacionalismo; el enfrentamiento entre el Estado nacional y los *nacionalismos periféricos*; la diferenciación entre éstos y los regionalismos en sus relaciones con el poder central y sus distintas ideas del Estado; el comportamiento de los distintos agentes nacionalistas: en especial las élites y las masas; la influencia de la economía y las relaciones exteriores, etc.

a) *El modelo sociológico*

La sociología aborda el estudio del nacionalismo en cuanto manifestación social tendente a la conformación de un tipo específico de comunidad, así como su expansión y manifestación, lo que en último término alcanza la dimensión política. El sociólogo centra su atención en las causas y los mecanismos empleados por los actores sociales cuando categorizan la complejidad de la realidad social conceptualizándola como nación. El núcleo inicial de análisis es aquí la *identidad colectiva*, su génesis, sus actores sociales, sus elementos originales y/o caracterizadores y su manifestación pública <sup>10</sup>.

Los aspectos fenomenológicos de la identidad colectiva más interesantes para la sociología son, además de los clásicos —territorio, historia y lengua—, los distintos elementos que caracterizan a la comunidad (y la diferencian del resto) y el conflicto de la alteridad. Este es sin duda el más importante elemento originel pues no sólo identifica la evidencia de construcción de una identidad colectiva (un *yo* que se hace un *nosotros*) en oposición a otra identidad (un o varios *ellos*), sino que también sirve para analizar los mecanismos de oposición, los conflictos de identidades y la proyección política del nacionalismo.

Un segundo campo de estudio sociológico son los mecanismos de creación, mantenimiento, difusión y expansión de la idea nacionalista <sup>11</sup>. La

---

<sup>10</sup> Abundantes propuestas metodológicas y algunos ejemplos prácticos muy diversos en PÉREZ AGOTE, A. (ed.): *Sociología del nacionalismo*; Bilbao, Unviersidad del País Vasco, 1989. El mismo autor propuso su «Modelo Fenomenológico-genético para el análisis comparativo de la dimensión política de las identidades colectivas en el Estado de las Autonomías», en parte aquí seguido; vid. BERAMENDI, J.G.; MAIZ, R.; NÚÑEZ, X.M. (Eds.): *Nationalism in Europe. Past and Present*; Santiago, Universidade de Santiago de Compostela, 1994; vol. I, págs. 307-324. Las *Actas* de este congreso recogen los numerosos estudios puntuales presentados y, lo más importante aquí, un buen número de consideraciones metodológicas.

<sup>11</sup> HERRANZ DE RAFAEL, G.: *La vigencia del nacionalismo*; Madrid, CIS, 1992; vid. esp. cap. 3 «La intelectualidad como creadora, organizadora y difusora de la conciencia nacional». BREUILLY, J.: *Op. cit.*, págs. 317-403.

diferente realidad de cada nacionalismo determina el punto donde prioritariamente se centran el estudio; en algunos las élites intelectuales o el mundo empresarial tendrán una importancia inicial que tenderá a diluirse en el resto de niveles sociales por posterioridad; en otros nacionalismos la familia, la Iglesia o los movimientos asociativos fueron los protagonistas de un mantenimiento nacionalista que la variación de las circunstancias externas posibilitó su expansión. Por supuesto, los partidos políticos nacionalistas, la educación y los medios de comunicación tienen en un momento u otro del proceso un papel primordial y por consiguiente necesitan una pormenorizada explicación de su cometido.

Por último, un tercer campo de estudio sociológico debe ser el análisis de ciertos componentes identificadores del nacionalismo, cuya principal característica en su instrumentalización como argamasa de la identidad colectiva y a la vez como proyección exterior de la misma. Estos identificadores, atendiendo a sus naturales y sobre todo a su capacidad de socialización de la idea de nación, pueden ser divididos en tres grupos:

- Los identificadores simbólicos: bandera, himno y escudo; fechas claves; personajes «padres de la patria».
- Los identificadores rituales: manifestaciones culturales, celebraciones sociales, fiestas, deportes autóctonos.
- Los identificadores míticos: ahistoricidad, discurso histórico fundacional, sistema de referencias históricas, originalidad lingüística, etc.

Los identificadores simbólicos son aquellos a los que se les confiere la cualidad de proyectar una imagen de la colectividad inmediatamente reconocible por todos sus componentes y, dado su carácter directo e inmediato, por aquellos que no pertenecer o se siente ajenos a esa comunidad; son los más comunes y reconocibles identificadores que *representan* a la socialización del conjunto de individuos de la comunidad. Los identificadores rituales y míticos tienden a sostener una socialización de la identidad colectiva incluso más allá de los márgenes abarcados por esa comunidad; miembros en principio ajenos a ella tenderán a identificarse mediante la participación en manifestaciones originariamente no vinculadas a ella. Por su parte, la dinámica nacionalista potenciará esa participación —voluntaria u obligatoriamente— con el propósito de aumentar la interconexión de sus miembros e incorporar nuevos agregados sociales. En este punto ha sido donde la sociología ha tenido más dificultades para distanciarse de una publicística apologetica y programática que en la mayoría de los casos distorsionaba el cometido original y principal de estos identificadores.

b) *El modelo politológico*

Anteriormente se dijo que la politología centra su atención en la manifestación del nacionalismo como movimiento de legitimación política del poder o como oposición a un poder con una identidad ajena a la defendida por él. Si para la sociología el concepto básico inicial era el de *identidad colectiva*, para el politólogo lo serán *soberanía* y *legitimación*: el dominio por un poder central sobre un territorio determinado y la aceptación y la consideración social del vínculo político entre ese poder y los miembros del territorio. A muy grandes rasgos pueden diferenciarse dos corrientes principales, a las que, a falta de mejor denominación, podríamos llamar línea democrático-excluyente o *nacional-jacobina* y línea confederacionista o de *los nacionalismos concéntricos*. El punto de partida de cada uno de estos modelos de análisis es muy importante, pues determina de un modo trascendental los resultados.

La hasta el presente mayoritaria *corriente nacional-jacobina* hace una profesión de fe democrática como forma fundamental de legitimación política. Es intrascendente aquí que esta declaración pase del discurso programático a la praxis política; lo más importante en este punto es la atribución a la comunidad nacional (con una identidad colectiva determinada) de la capacidad de legitimación del poder ejercido sobre el territorio que ocupa, pero al mismo tiempo la ausencia de toda capacidad de legitimación de cualquier otra comunidad (con diferente identidad) y de otro poder operativo sobre el mismo territorio. En otras palabras, esta visión de la democracia excluye de legitimidad cualquier fuente de poder que no sea la comunidad nacional monolítica. La implicación directa de este aserto es la total incompatibilidad de identidades colectivas políticas y por tanto de la pertenencia a diferentes comunidades nacionales: no se puede ser ciudadano de diferentes Estados, pues hay una identificación entre el Estado y la nación.

En España, este planteamiento fue el sostenido por el nacional-catolicismo durante el franquismo y es en estos momentos reproducido, a diferentes escalas, por los *nacionalismos periféricos*. Sivrió para ensalzar una entidad que negaba una realidad histórica y sirve ahora para que éstas nieguen la anterior entidad: España.

En general, este planteamiento ha servido además para establecer una diferenciación operativa entre regionalismos y nacionalismos. Desde el punto de vista nacional-jacobino todo Estado-nación produce una identificación nacional que niega la existencia de otras identidades de su interior; esta negación (y la persecución consciente o inconsciente, abierta o sola-

pada, que se hace del resto de identidades) concede a los nacionalismos la posibilidad de negar la legitimación del propio Estado central. La consecuencia directa de esta deslegitimación es la reivindicación del derecho de autodeterminación, que en su praxis política se traduce en la constitución de un centro de poder excluyente para todo el ámbito nacional y por tanto independiente del Estado central.

A diferencia de esta línea nacionalista, el regionalismo hace partícipe la identidad regional de la identidad colectiva del Estado nacional; por ello su transposición política no persigue la constitución de un centro de poder excluyente, sino la delegación de ciertas cotas del poder central en el territorio regional. Resumiendo ambas posiciones, el nacionalismo tenderá a la constitución de un poder central (sobre un ámbito más reducido), mientras el regionalismo centrará la legitimación del Estado en el proceso de descentralización territorial y administrativa.

A diferencia de la corriente nacional-jacobina, la confederacionista o, como la he denominado, la *corriente de los nacionalismos céntricos* se opone a la interpretación exclusiva. No reniega de la democracia como forma fundamental de legitimación política, pero no otorga la capacidad de legitimación del poder ejercido sobre el territorio a una comunidad nacional única, ni niega la existencia y por tanto la capacidad de legitimación de cualquier otra comunidad y de otro poder operativo sobre el mismo territorio. Dada esta fundamental diferenciación en el punto de arranque del análisis, la puntualización sobre los extremos se convierte en un rectificación de los presupuestos mantenidos anteriormente, por lo general haciéndose partícipe de unas realidades socio-políticas más complejas y poniendo más énfasis en la explicación de la «pueril y tozuda» realidad que de las proclamas ideológicas.

La más evidente de estas realidades es la composición pruriétnica y multicultural de cualquier comunidad, independientemente del tamaño, en el mundo actual; no existen comunidades «puras», por lo que cualquier poder exclusivo y excluyente que se constituyera sobre las bases nacional-jacobinas o bien tendería a reproducir las negaciones y persecuciones de los Estados-nación centralistas o bien multiplicaría el proceso reduccionista-independientista hasta el ínfimo. La primera posibilidad se puso en evidencia con la política wilsoniana tras la primera guerra mundial, al pretender constituir los nuevos estados centroeuropeos sobre comunidades nacionales ideales; cuando éstas afirmaron su control del Estado aparecieron los problemas de las minorías, cuyos resultados todos conocen. La segunda posibilidad sería una continuidad con las ideas del socialismo utópico decimonónico, con la resurrección de los falansterios o las comunidades religiosas rigoristas.

La corriente de los nacionalismos concéntricos demuestran que es posible la compatibilidad de nacionalidades, superpuestas unas a otras sin exclusión. Si se toma el caso de España, tanto las prospecciones sociológicas como la común experiencia muestran que existe un cúmulo de identidades sociales que parte de la *polis* (que puede ser realmente una ciudad, pero también un simple pueblo —por lo usual encontrada su identidad en oposición a los vecinos— o incluso un barrio de una gran ciudad), se extiende a la comarca o provincia (identidades *reales* en regiones tan distintas como Andalucía —comarca— o el País Vasco —con pronunciadas diferencias provinciales—), alcanza a la región, comunidad o nacionalidad y aunque parece culminar con la identidad de nación o Estado nacional, en realidad existen identidades superiores, en concreto la europeo-occidental y la ibero-americana. Una última identidad universalitas incorporaría a todos los hombres a una misma *polis* planetaria, aunque la inexistencia de unos *otros* no sea la menor dificultad para alcanzarla, ya que como llegó a decir Johannet, «la idea de la nación es esencialmente una concepción ideológica de la frontera»<sup>12</sup>.

### c) El modelo historiográfico

Si se ha señalado la radical diferenciación de los puntos de partida en el modelo pitológico; al tratar de sistematizar el modelo historiográfico las dificultades se multiplican extraordinariamente, respondiendo en gran parte a las especiales características de cada nacionalismo analizado.

Respecto a los dos modelos anteriores el historiográfico los integra en un análisis de amplia periodización donde se trata de analizar la fenomenología nacionalista de un modo diacrónico y, en muchas ocasiones, mediante estudios comparados. A nivel general los procesos más importantes para la historiografía son los siguientes:

1. Origen de los nacionalismos: estudio de la generación y difusión de la idea nacionalista. En ocasiones se presta un interés en determinar los puntos de evolución y fractura (la existencia de una idea regionalista previa, el paso nacionalismo cultural al político, unidad o fragmentación del respaldo político a la idea nacionalista, etc.); en otras se hace incapié en la trascendencia de las posturas personales de los primeros líderes, en el conflicto de intereses en cuyo ámbito surge la inicial idea nacionalista o las

---

<sup>12</sup> JOHANNET, R.: *Le principe des nationalités*; Paris, Nouvelle Librairie National, 1923; pág. 283.

transformaciones sociales de las que es consecuencia —y al mismo tiempo acaba potenciando— la aparición nacionalista.

2. Articulación política de los nacionalismos: el proceso de socialización de la idea nacionalista alcanza verdadera trascendencia cuando alcanza un nivel mínimo de proyección política. Por ello se debe estudiar la creación de plataformas socioculturales y políticas que defiendan la idea nacionalista (independientemente de que aquéllas se autodefinan o no explícitamente como nacionalistas); la participación electoral de los partidos nacionalistas y el respaldo social obtenido; la conformación de un entramado político ideológicamente plural que alcance a representar las distintas sensibilidades, aspiraciones e intereses de las —en otros puntos enfrentadas— clases sociales.

3. El enfrentamiento entre el Estado nacional y los *nacionalismos periféricos*: a partir de la segunda gran oleada nacionalista se evidenció el conflicto entre las unidades políticas estatales decimonónicas (hubieran reformado o no una dimensión nacional) y unas comunidades, usualmente definidas en base a una identidad cultural, en la que parte de sus miembros aspiraban a alcanzar una independencia política. El enfrentamiento por una parte entre estas élites dirigentes nacionalistas y los movimientos osciopolíticos generados y por otras los aparatos institucionales del estado y una opinión pública con creciente peso político conforman un fenómeno histórico de una gran trascendencia.

4. La *invención de la tradición*: esta acertada expresión designa toda campaña destinada a la legitimación nacionalista por vía de *construcción* histórica, tentación que ha estado presente con distintos grados en todos los movimientos nacionalistas <sup>13</sup>. La historiografía tiene un gran campo de trabajo en el estudio de los referentes legendarios sobre los que la mayor parte de los nacionalismos basan una suerte de legitimidad histórica. El trabajo es doble; además de la obligada depuración de todos los extremos contenidos en su discurso <sup>14</sup>, es necesario analizar cómo y por qué se realiza este esfuerzo legitimador.

5. Relaciones del nacionalismo con otros fenómenos identificativos: desde sus primeras manifestaciones el nacionalismo se ha visto relaciona-

<sup>13</sup> Al respecto ver el dossier «Mites i nacionalisme»; *Manuscrits*, n.º 12 (1994); págs. 173-266. HOBBSBAM, E.J.; RANGER, T. (eds.): *The Invention of Tradition*; Cambridge, University of Cambridge, 1983. DE LA GRANJA SANZ, J.L.: «La invención de la historia. Nación, mitos e historia en el pensamiento del nacionalismo vasco»; en BERAMENDI, J.G., et. al. (eds.): *Op. cit.*; vol. II, págs. 97-139.

<sup>14</sup> ANGERA, P.: «Rigor historiogràfic i compromís ètic, o de les disputes entre historiadors i mesianics»; *L'Avent*, n.º 175 (1993); págs. 26-29. En ese mismo número, abundando en el tema, DE RIQUER, B.: «Por una historiografia sense crosses i por un debat no hipotecat»; págs. 36-39.

do con otros fenómenos de identificación comunitaria, que en parte acabó por sustituir (la comunidad religiosa, la comunidad cultural, la comunidad territorial). La hipostasia que realiza la ideología nacionalista sobre estas otras dimensiones fundamentan su capacidad de adaptación y evolución. El grado superior de complejidad se alcanza con la aparición de nuevas dimensiones identificativas que se autodefinen como *naciones* (desde la así denominada *nación gay*, hasta las sectas, las tribus urbanas o las fanatizadas hinchadas futbolísticas). Que estas «naciones» alcancen una dimensión política esta más en relación con la capacidad de atracción de las entidades políticas realmente nacionalistas que en su inicial futilidad (piénsese en la trascendencia del inicialmente reducido fundamentalismo islámico, o en la identificación nacionalista de ciertos club de fútbol).

6. Influencia de la economía y las relaciones exteriores: la articulación política del nacionalismo desborda necesariamente el campo meramente partidario y electoral. La economía influye directamente en su aparición y evolución, tanto por los grupos sociales que lo respaldan como por las conyunturas de crisis y cambios estructurales en los que surge o se transforma. De igual modo, la política internacional y las relaciones exteriores de los grupos nacionalistas son importantes pues determinan en buena parte las relaciones entre el Estado nacional y los nacionalismos periféricos, entre la metrópoli y la colonia o entre los distintos Estados nacionales.

Un pequeño repaso a la historia de los estudios sobre el nacionalismo nos muestra que hasta prácticamente la segunda guerra mundial no existen; abundaban, con distintos niveles y propósitos, las historias de «naciones», pero no de los nacionalismos correspondientes, a menudo camuflados en su interior o presentados como emanación espontánea de la realidad objetiva nacional. De carácter eminentemente político y con clara prolongación del historicismo decimonónico, esta historiografía es primigénicamente pragmática, pasando por encima de rigores metodológicos e incluso e incluso documentales; estaba encaminada a la demostración de la existencia de la «nación» correspondiente, la identificación de sus elementos diferenciadores, la recuperación de sus epopeyas y la inculpación de sus decadencias a los enemigos de la «nación» (por lo general el Estado nacional centralista); el resurgimiento nacionalista es tomado como el natural renacer de la nación.

Tras el término de la guerra mundial el nacionalismo desapareció del discurso liberal (salvo para combatirlo) y fue reinterpretado por las distintas corrientes marxistas, conformando la idea de «liberación nacional» que tanta influencia tuvo en los años cincuenta e inicios de los sesenta en los

procesos de descolonización. Fue durante este período cuando surgió una verdadera historiografía de los nacionalismos; las razones de este surgimiento fueron en principios contrarias: el movimiento antinacionalista en las democracias liberales y en el interior de los nuevos estados comunistas deparó la necesidad de una historiografía que anatemizara discursos y prácticas nacionalistas anteriores; esto obligó a los historiadores a abandonar el anterior *discurso autorrepresentativo* y abordar el hecho nacionalista desde fuera, lo que ya deparó una perspectiva adecuada aunque las conclusiones a las que se llegaba estaban viciadas de origen.

Durante los años sesenta y sobre todo los setenta la historiografía culminó su acercamiento a otras ramas de las ciencias sociales, lo que supuso una profunda transformación metodológica y un crecimiento cuantitativo y cualitativo de la producción. En cuanto a la historia sobre los nacionalismos, supuso también el inicio de las divisiones en el modelo historiográfico; aunque la influencia de la Escuela de Annales hizo que en un principio se pusiera un interés prioritario en las cuestiones económicas, con posterioridad se incorporaron estudios de grupo (abandonando o no las estructuras de clase), procesos conformadores (o *nation-building*), partidos políticos y procesos electorales, asociaciones culturales y agitación social, medios de comunicación, educación y lengua, simbología, etnicidad y etnocentrismo.

En la actualidad estos tres modelos de investigación del nacionalismo tienden a fundirse. Las décadas de los ochenta y noventa presentan importantes esfuerzos para alcanzar un modelo de análisis abierto, multidisciplinar y globalizador sobre el hecho nacional y más concretamente sobre el nacionalismo ya como ideología ya como movimiento socio-político de carácter histórico tendente al fortalecimiento de ese hecho nacional. En gran parte se ha conseguido y hoy en día los especialistas de este tipo de investigación publican indistintamente en revistas de sociología, derecho, politología, historia, filología o psicología; pero por otra parte persisten carencias apremiantes en cuanto a una equiparación en el instrumental metodológico, comenzando por la propia base de todo esfuerzo de investigación: la terminología.

#### d) *Los grandes temas abiertos*

El campo interdisciplinar de la investigación sobre el nacionalismo presenta en las postrimerías del siglo XX y en plena oleada neonacionalista —y más importante, en plena crisis del Estado nacional tradicional— un conjunto de grandes temas sobre los que desarrollar amplios proyectos de

investigación, los temas presentados a continuación son sólo parte de ese conjunto, obviando referencias a campos con una abundante bibliografía metodológica y sobre el que se han realizado numerosas monografías.

1. La fenomenología de la identidad: dentro de las múltiples, complejas y en ocasiones contrapuestas identidades de cada individuo, la identificación por origen nacional no es más trascendente ni natural que la motivada por su lugar de residencia o la integración en una asociación determinada, sea del tipo que sea: desde la militancia a un partido político a la afiliación a un club internacional o la permanencia en una Iglesia determinada. Todas ellas son ejemplo de identidades afirmadas por el individuo mediante su voluntaria integración (existen otras menos voluntarias: censo de contribuyentes, color de la piel, clase social). Qué conjunto de factores hacen diferente la identificación nacional, qué relaciones (y las consecuencias que éstas tendrían) puede tener con otras identidades y qué función social desempeña esa identificación son algunos de los temas relacionados con esta línea de trabajo.

2. Los medios desnacionalizadores o que impiden la nacionalización: los estudios sobre «nation building» han determinado los medios empleados para conformar, difundir y fortalecer la aceptación social del hecho nacional: élites intelectuales, mundo empresarial, Iglesia, movimientos asociativos, partidos políticos nacionalistas, sistema educativo, medios de comunicación, socialización del sistema de identificadores, etc. Sin embargo apenas se han analizado los obstáculos para esa construcción nacional o han sido conjuntados en la oposición del Estado nacional (si se trata de un nacionalismo periférico, y viceversa) o la ambición de los Estados nacionales circundantes; esta globalización presenta dos características: oposición «exterior» y oposición de otros nacionalismos. En principio la ausencia de los medios ya señalados es una de las carencias principales; sin embargo potencialmente pueden ser otros muy diferentes: desde la mera inexistencia de elementos susceptibles de propiciar una base nacionalizadora a la atracción de la sociedad por otras identificaciones globalizadoras, desde la incapacidad dirigente para sostener un discurso convincente al surgimiento de amplios grupos internos opuestos o diferentes al proceso nacionalizador.

3. Cuestionamiento de la persistencia de la «doctrina central»: uno de los autores clásicos del estudio del nacionalismo, Anthony D. Smith, sintetizó la *doctrina central nacionalista* en siete puntos que definían la ideología nacionalista:

a) La humanidad se halla dividida por su propia naturaleza en naciones.

- b) Cada nación posee un carácter peculiar.
- c) La soberanía reside en la comunidad nacional, origen de todo poder político.
- d) Todas las personas deben identificarse con una nación para su completa autorrealización y defensa de su libertad.
- e) La nación alcanza su realización con la institucionalización de su propio Estado.
- f) Al Estado nacional se le debe una lealtad superior a cualquier otra entidad o idea.
- g) La libertad y la armonía internacional exigen y descansan en la creación o fortalecimiento del Estado nacional <sup>15</sup>.

Estos siete puntos, de controvertido desarrollo, que sin duda fueron operativos en prácticamente todos los nacionalismos con anterioridad a la segunda guerra mundial, son difícilmente constatables en términos generales por los nacionalismos de este final de siglo. Lo que induce a otro de los grandes temas.

4. Nacionalismo y postmodernidad: los profundos cambios socioculturales y económicos de las últimas décadas han incidido en la cosmovisión no sólo occidental, sino por la expansión e influencia de ella en el resto de las culturas, también a nivel mundial. Disipados los ecos valdíos de las profecías sobre el fin de la historia se presenta ante los científicos sociales un escenario parcialmente nuevo que es necesario explicar <sup>16</sup>. La idea de la nación es uno de los conceptos básicos de la teoría política contemporánea y estos cambios y la apertura de un nuevo ciclo histórico obligadamente influirán en su permanencia. Los principales fenómenos que inciden en la evolución de la idea de la nación son el cuestionamiento del Estado nacional (tanto proveniente de ámbitos superiores —edificación de estructuras políticoeconómicas supranacionales— como inferiores —regionalismos, tribalización urbana—) y la expansión de los medios de comunicación; lo que conlleva la aparición o fortalecimiento de identidades transnacionales de todo tipo. Respecto al primero, el primer cambio en profundidad

---

<sup>15</sup> SMITH, A.D.: *Op. cit.*, pág. 48.

<sup>16</sup> Precisamente el volumen de los cambios, su inmediatez y la falta de referencias hacen que los análisis sean muy variados, en ocasiones claramente opuestos. MAFFESOLI, M.: *El tiempo de las tribus*; Barcelona, Icaria, 1990. INGLEHART, R.: *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*; Madrid, CIC, 1991. GELLNER, E.: *Postmodernism, Reason and Religion*; London, Routledge, 1992. BAUMAN, Z.: *Intimations of Postmodernity*; London, Routledge, 1992. LYON, D.: *Postmodernity*; Minneapolis, University of Minnesota Press, 1994.

es la pérdida de interés de los nacionalismos periféricos por la exigencia de la «independencia», sustituida por un fortalecimiento de las entidades de autogobierno subsumidas en un marcoestado multiestatal.

5. Nacionalismo y globalización económica: la internacionalización del sistema económico, la pérdida de soberanía económica por parte de los Estados nacionales y la conformación de grandes bloques político-económicos incide de forma directa en los mecanismos de fortalecimiento de la idea nacional; en ocasiones de un modo positivo —efecto multiplicador, «patriotismo de subsidiaridad», etc.— y en otras a resulta de un fenómeno de reacción, en oposición a un proceso abierto sin destino preciso.

### **NECESIDADES DE INVESTIGACIÓN ACTUAL**

Para acabar esta pequeña introducción a la investigación sobre el nacionalismo, bueno sería que se expusiera, siquiera muy rápidamente, el panorama actual de investigación en España: qué se está haciendo y qué convendría hacerse en los años próximos.

Es evidente que siempre se necesita una mayor abundancia de información, pero en la actualidad gran parte de los nacionalismos hispanos tienen una abundante bibliografía y en ocasiones, como el catalán o el vasco, una sobreabundancia en ocasiones reiterativa que evidencia la necesidad de grandes obras de síntesis. El resto de los nacionalismos no ha alcanzado esos niveles de desarrollo, bien por su posterior incorporación al estudio, bien por la inexistencia real de algunos nacionalismos por mucho empeño que se ponga en su estudio. Recientemente el profesor Beramendi hizo un lúcido diagnóstico de la historiografía española sobre el nacionalismo<sup>17</sup>; siguiendo su análisis se evidencia que el estudio del nacionalismo gallego ha experimentado en los últimos doce años un salto cualitativo muy importante, especialmente en lo que se refiere al período de entresiglos, la dictadura de Primo de Rivera y la II República. El andalucismo ha sido abordado en un doble posicionamiento: el del reconstruccionismo meticuloso heredero del historicismo (con un carácter inocultablemente apologético y en ocasiones hagiográfico) y una segunda línea, directamente influenciada por los estudios actuales, menos militante y más sociológica, cuyo tema

---

<sup>17</sup> BERAMENDI, J.G.: «La historiografía de los nacionalismos en España»; *Historia Contemporánea*, n.º 7 (1993); págs. 135-154; el artículo actualiza un previo estado de la cuestión: «Aproximación a la historiografía reciente sobre los nacionalismos en la España contemporánea»; *Estudios de Historia Social*, n.º 28-29 (1984); págs. 49-76.

más reiterado ha sido hasta ahora un análisis de las causas que explican el escaso desarrollo del nacionalismo en Andalucía.

El proceso de transición a la democracia y sobre todo la conformación del estado de las Autonomías <sup>18</sup> hizo que en buena parte de las regiones españolas aparecieran estudios que en mayor o menor medida estaban directamente relacionados con el nacionalismo o el regionalismo. La función legitimadora de estos estudios estuvo y está presente de un modo explícito en buena parte de ellos, máxime cuando la labor auspiciada —directa o indirectamente— desde organismos autonómicos oficiales fue rápida y en no pocas ocasiones erróneamente instrumentalizada por éstos; lo que, es necesario decirlo, no tiene por qué ser óbice para descalificar estos estudios, dado que debe ser la calidad lo que se estime en primer y único lugar; con todo, como recordó Pere Anguera, no se debe caer en la tentación de confundir el análisis histórico con la catequesis nacionalizadora. Por todo ello, mucho de lo que durante el período de la transición fue escrito se ganó honradamente el derecho a estar en la actualidad totalmente olvidado; pero también entonces iniciaran su vuelo grupos de trabajo que andando el tiempo han eclosionado en trabajos que incorporan en gran medida las últimas metodologías y líneas de estudio. En Aragón, la escasa dimensión del movimiento nacionalista ha suscitado parejo entusiasmo investigador, aunque se ha realizado una labor sobrada para recuperar la documentación y describir (no tanto analizar) el regionalismo aragonés anterior a la II República. En el País Valencià el estudio del nacionalismo se escindió entre una línea apologética (origen de las últimas declaraciones de la Generalitat Valenciana asegurando la naturaleza de la Comunidad autónoma como nación histórica) y una segunda línea más apegada al terruño que ha terminado situándose en la historia local y de los movimientos sociales. Los nacionalismos canario y balear también han sido objeto de análisis, bien que con distinta suerte. En último lugar se encuentran los estudios sobre los regionalismos castellano y extremeño, poco menos que heridos de muerte ante la escasa dimensión del hecho estudiado.

Si esto es lo que se ha hecho y está haciendo, ¿qué falta por hacer? En realidad mucho. Además de abordar los temas anteriormente señala-

---

<sup>18</sup> DE BLAS GUERRERO, A.: «Estado de las Autonomías y transición política»; en COTARELO, R. (comp.): *Transición política y consolidación democrática. España (1975-1986)*; Madrid, CIS, 1992; págs. 105-119. AGUILERA DE PRAT, C. R.: *Nacionalismos y autonomías*, Barcelona, PPV, 1993. YSAS, P.: «Democracia y autonomía en la transición española»; *Ayer*, nº 15 (1994), págs. 77-107. SEPÚLVEDA, I.: «La eclosión nacionalista: regionalismos, nacionalidades y autonomías»; en TUSELL, J.; SOTO, Á (eds.): *Historia de la Transición*; Madrid, Alianza Editorial, 1996; págs. 409-443.

dos, en estos momentos existen dos principales carencias: los estudios comparados y el definitivo abordaje del nacionalismo español. El estudio comparado entre algunos o todos los nacionalismos hispanos está lejos de llevarse a cabo <sup>19</sup>; de hecho ni siquiera las publicaciones o congresos reunidos *ad hoc* han alcanzado otro logro que un rozamiento descriptivo <sup>20</sup>, cuando no enfrentamientos poco edificantes sobre la primogenitura de ideas, definiciones conceptuales o despropósitos provocadores.

En cuanto al segundo tema, el nacionalismo español ha sido el gran olvidado de la investigación <sup>21</sup>; lo más significativo del hecho es que las razones para este olvido son eminentemente ideológicas: la saturación franquista del nacional-catolicismo ha confundido la identidad misma del nacionalismo español <sup>22</sup>, al mismo tiempo que acababa por imponerse el punto de vista de los nacionalismos periféricos, entendiendo España no como nación sino como Estado, lo que deparó el triunfo de la sustitución del vocablo «España» por la franquista expresión de «Estado Español». Hay una tercera razón para este olvido, la negación desde el propio nacionalismo español de ese nacionalismo; esto es en sí mismo una paradoja: mientras el resto de nacionalismos y regionalismos proclaman su existencia, a veces incluso mucho más allá de la propia realidad objetiva, el español silencia su existencia, subsumida en la propia persistencia del Estado. No obstante, esta ocultación no debe hacer que los investigadores confundan la realidad (la inteligente provocación de Borja de Riquer cuestionando la dimensión nacional de España es respaldada literalmente por otros) y silencien el hecho político, social y cultural de una histórica nación que se llama España. Pero además la investigación sobre nacionalismo español es inaplazable por la razón antes mencionada; difícilmente se podrán realizar estudios comparados de los distintos nacionalismos hispanos si no se conoce el propio nacionalismo contra el que surgen, como efectos y respuesta a la conformación por el nacionalismo español del Estado central y su práctica nacionalizadora.

Por último, dirigido a todos aquellos estudiantes de doctorado o de los últimos años de carrera que se sientan tentados de iniciar su especializa-

---

<sup>19</sup> NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *Historiographical Approaches to Nationalism in Spain*; Saarbrücken, Breitenbach, 1993.

<sup>20</sup> *Nacionalismo y regionalismo en España*; Córdoba, Diputación de Córdoba, 1985. *Orígens i formació dels nacionalismes a Espanya*; Reus, Centre de Lectura, 1994.

<sup>21</sup> BLAS GUERRERO, A.: *Sobre el nacionalismo español*; Madrid, CEC, 1989; y *Tradición republicana y nacionalismo español (1876-1930)*; Madrid, Tecnos, 1991. *Estudios sobre nacionalismo español*; número monográfico de *Studia Historica*, vol. 12, 1994.

<sup>22</sup> ARBÓS, X.; PUIGSEC, C.: *Franco i l'espanyolisme*; Barcelona, Curial, 1980.

ción en el campo del nacionalismo, una última indicación —más que recomendación—, por si les puede servir de alguna utilidad. Para el investigador actual, la nación ha perdido gran parte de su importancia como centro de análisis; la atención se ha trasladado a la constatación de la realidad objetiva que es la identificación de una comunidad que se siente como nación, sus medios de actuación política, los mecanismos de reforzamiento de la comunidad nacional y las relaciones tanto con entidades políticas de mayores o menores ámbitos y con los grupos interiores o exteriores que cuestionan la identificación de la comunidad como nación. Por tanto no es hora de demostraciones, sino de explicaciones, y no centradas en una supuesta «personalidad» nacional, sino en los agentes que la manifiestan, en sus elementos identificadores y en sus manifestaciones políticas y sociales. El mejor modo de evitar tentaciones redundantemente inmovilistas es romper las barreras territoriales; hasta la fecha en muy escasa medida los estudiosos españoles de las ciencias sociales han abordado problemáticas extranjeras; las circunstancias de tradición, idioma y desde luego presupuestarias lo han impedido en gran parte. Pero nada de esto opera en el estudio de los nacionalismos hispanos. Es hora ya de que investigadores andaluces completen la labor que vascos y catalanes han realizado sobre los nacionalismos vascos y catalán; y que éstos estudien el galleguismo y los gallegos el blsquismo y los valencianos el andalucismo. Y todos, además, aborden definitivamente el nacionalismo español, sin el que de hecho no se puede entender ninguno de los anteriores de forma completa. Este es el gran desafío y a la vez la gran ocasión para los próximos tiempos.